

La ocupación de Veracruz por las tropas republicanas fué la última escena de aquel terrible drama, en que, como ha dicho un notable escritor, "se alzaba triunfante la República sobre las ruinas de un Imperio, que dejaba en la historia tan doloroso é instructivo recuerdo;" á la vez, la Capital se disponía á recibir dignamente al Gran Juárez, al egregio ciudadano que en compañía de los Ministros Lerdo de Tejada, Iglesias y Mejía, y de los fieles empleados que lo habían acompañado en su larga y arriesgada peregrinación hasta Paso del Norte, volvía triunfante, en medio de las aclamaciones y del regocijo general, á que lo hacía tan acreedor su ejemplar y patriótica conducta.

Salió de San Luis Potosí al principiarse Julio, y llegó á Tlalnepantla el 12 de dicho mes, donde recibió á las comisiones que fueron á felicitarlo: en Chapultepec permaneció dos días, y el 15 á las nueve de la mañana entró en la Capital por la puerta de Belem y Paseo de Bucareli.

En la glorieta donde está colocada la estatua ecuestre de Carlos IV, se detuvo á recibir las felicitaciones de las autoridades civiles y militares, y un laurel de oro que le fué presentado por un grupo de niñas vestidas de blanco; y en el altar de la patria que allí había sido levantado, tanto él como las autoridades y otras muchas personas, depositaron coronas de flores.

La comitiva, aumentada considerablemente, continuó su marcha por las calles de la Alameda, de San Francisco y de Plateros, hasta el Palacio de Gobierno, en cuyo balcón principal presencié el desfile de la columna de honor, en medio de los repiques, las salvas de artillería y las aclamaciones de una multitud bulliciosa y entusiasta que celebraba de manera tan digna la reivindicación del derecho y el triunfo de la patria y de la libertad.

El mismo día expidió el Sr. Juárez el Manifiesto que publicamos á continuación, cerrando con tan precioso documento, que revela en su concisión espartana sublimidad de ideas y nobleza de sentimientos, estos mal pergeñados apuntes, en virtud de los cuales hemos querido dar á conocer, aunque de manera imperfecta por nuestra escasa capacidad, los esfuerzos y sacrificios hechos por un pueblo abnegado, sufrido y valiente, que conquistó la Reforma, que abatió el orgullo de las clases privilegiadas, y que supo colocar muy alto, y á costa de su sangre, el honor, la soberanía y la dignidad de México.

Hé aquí ese tan notable Manifiesto:

"Benito Juárez, Presidente constitucional de la República mexicana:

"Mexicanos: El Gobierno nacional vuelve hoy á establecer su residencia en la ciudad de Mexico, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación. Fué con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el Gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y de las instituciones de la República.

"Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos, sin elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrojando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

"En nombre de la patria agradecida tributo el más alto reconocimiento á los buenos mexicanos que la han defendido y á sus dignos caudillos. El triunfo de la patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.

"Lleno de confianza en ellos procuró el Gobierno cumplir sus deberes, sin concebir jamás un solo pensamiento de que le fuera lícito menoscabar ninguno de los derechos de la Nación. Ha cumplido el Gobierno el primero de sus deberes, no contrayendo ningún compromiso en el exterior ni en el interior, que pudiera perjudicar en nada la independencia y soberanía de la República, la integridad de su territorio ó el respeto debido á la Constitución y á las leyes. Sus enemigos pretendieron establecer otro Gobierno y otras leyes, sin haber podido consumar su intento criminal. Después de cuatro años, vuelve el Gobierno á la ciudad de México, con la bandera de la Constitución y con las mismas leyes, sin haber dejado de existir un solo instante dentro del territorio nacional.

"No ha querido, ni ha debido antes el Gobierno, y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por

ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido. Su deber ha sido, y es, pesar las exigencias de la justicia con todas las consideraciones de la benignidad. La templanza de su conducta en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar en lo posible el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la Nación.

“Mexicanos: Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos á obtener y á consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República.

“Que el pueblo y el Gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, *el respeto al derecho ajeno es la paz.*

“Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperaremos en lo de adelante al bienestar y á la prosperidad de la Nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto á las leyes, y con la obediencia á las autoridades elegidas por el pueblo.

“En nuestras libres instituciones, el pueblo mexicano es el árbitro de su suerte. Con el único fin de sostener la causa del pueblo durante la guerra, mientras no podía elegir sus mandatarios, he debido, conforme al espíritu de la Constitución, conservar el poder que me había conferido. Terminada ya la lucha, mi deber es convocar desde luego al pueblo, para que sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima, elija con absoluta libertad á quien quiera confiar sus destinos.

“Mexicanos: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria. Cooperemos todos para poder legarla á nuestros hijos en camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra independencia y nuestra libertad.

“México, Julio 15 de 1867.—*Benito Juárez.*



EPÍLOGO.

A grandes rasgos y de la mejor manera que nos ha sido posible, hemos narrado los principales acontecimientos de una época tan notable en nuestros fastos contemporáneos.

La Intervención extranjera y el establecimiento del llamado Imperio, que fué como su legítima consecuencia, son hechos de mucha importancia y de trascendencia suma, que prestan amplia materia para el estudio serio, así del filósofo y el moralista, como del político y el sabio: la intentona de Napoleón III, de querer arrebatar su libertad y autonomía á un pueblo débil, que en nada le había ofendido, fué un acontecimiento inicuo, reprobado unánimemente por la conciencia universal, y que debía ofrecer como frutos amargos, el desprestigio de la nación invasora y la muerte trágica de un Príncipe desgraciado, víctima de una desatentada ambición, y de las falaces promesas de un aliado pérfido, que no tuvo inconveniente en sacrificarlo, abandonándolo á las terribles consecuencias de una situación que le fué imposible dominar.

Destruído ese poder efímero, aborto nefando de la política napoleónica, la Nación mexicana, merced á su valor, á su constancia y á la fe inquebrantable que siempre tuvo en la justicia de su causa, vino á ocupar el lugar que le correspondía en el concierto de los pueblos soberanos: el falso concepto que se tenía acerca de su vitalidad, de su poder y de su fuerza, y que sólo le había merecido el desdén y hasta el desprecio de los déspotas europeos, vino á quedar desmentido de una manera elocuente y victoriosa, por el resultado feliz de esa grandiosa epopeya de la guerra contra la Intervención y el Gobierno del llamado Imperio.